



*Il Superiore Generale
dei Passionisti*

CARTA CIRCULAR

Reflexión sobre el Espíritu Misionero del Beato Domingo Barberi

(con ocasión de la Canonización de John Henry Newman)

El 13 de octubre de 2019 el Papa Francisco canonizará al **Beato Cardenal John Henry Newman (1801-1890)** en la Plaza San Pedro de Roma. Es un acontecimiento que alegrará a toda la Iglesia pero que será especialmente significativo para nuestra Congregación por el hecho de que en 1845, Newman, ya como pastor, teólogo anglicano famoso y profesor de la Universidad de Oxford, quiso ser recibido en la Iglesia

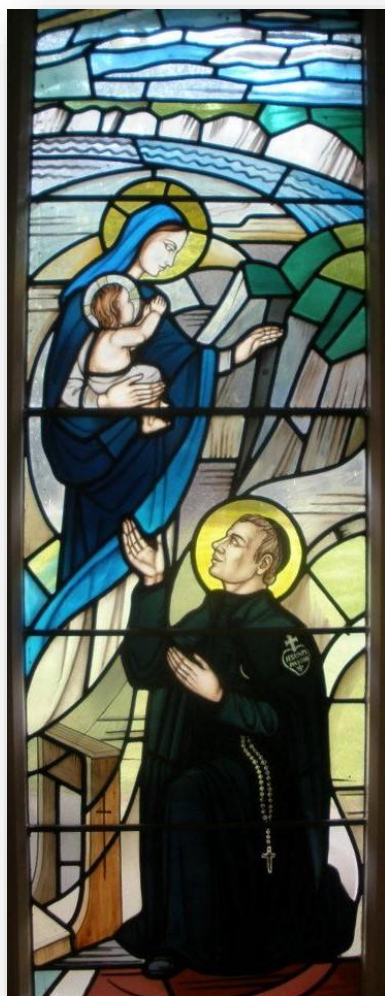
católica por medio de nuestro cohermano pasionista, el **Beato Domingo Barberi (1792-1849)**. Domingo, primer apóstol y misionero pasionista en Inglaterra, desempeñó un papel importante en la conversión de Newman y de muchos otros.



Quisiera aprovechar la ocasión de este acontecimiento tan especial de la canonización de John Henry Newman para compartir con vosotros algunas reflexiones sobre las características de la persona del beato Domingo Barberi, sobre su convicción y esfuerzo por llevar a

cabo y mantener la misión en Inglaterra, sobre su relación con Newman y el papel que desempeñó en su conversión y, sobre todo, sobre su testimonio de auténtica santidad. Espero que gracias a estas reflexiones podamos valorar algunas intuiciones que sirvan de inspiración en el compromiso de **“Renovar nuestra misión”** en este momento especial de la historia de nuestra Congregación.

Sin duda, Dios tenía una misión específica para Domingo dentro de la Congregación de la Pasión. Sin embargo, para que Domingo llegase a discernir este plan de Dios, era indispensable que, antes que nada, **escuchase** la ‘voz de Dios’ en la oración. Sabemos que Domingo recibió una llamada interior que lo llevó a creer que estaba destinado a predicar el Evangelio en tierras



lejanas. Se dice que, hacia el final de 1813 (cuando tenía solo 21 años), Domingo escuchó “la voz de Dios” que le decía que “*estaba destinado a encaminar a las ovejas descarriadas al camino de la salvación*”. Pero ¿dónde y cuándo se cumpliría esta profecía? Fue casi un año después cuando, mientras estaba en oración delante del altar de la Virgen, Dios le comunicó de nuevo que **su misión debía realizarse en Inglaterra**. Vale la pena escuchar la descripción que John Henry Newman hace sobre Domingo Barberi en su ensayo filosófico “*Pérdida y ganancia: la historia de un convertido*”, escrito en 1848. De este texto se puede obtener una buena comprensión del trabajo de la Providencia en la lucha que Domingo tuvo que afrontar para comprender y, definitivamente –ayudado por la **escucha en la oración**–, pudiera llegar a la fuerte convicción de que esta era la llamada con la que Dios lo enviaba a la misión:

“En los inicios del siglo XX, en los Apeninos, cerca de Viterbo, vivía un joven pastor cuya mente se sintió muy pronto atraída hacia las cosas del cielo. Un día, mientras oraba delante de una imagen de la Virgen, experimentó una vívida premonición que lo destinaba a predicar el Evangelio bajo el cielo del “norte”. No había ninguna posibilidad de que un campesino romano pudiera llegar a ser un misionero; tampoco se había presentado ninguna circunstancia, cuando este joven se convirtió primero en religioso y después en sacerdote en la Congregación de la Pasión. Sin embargo, aunque no

apareció ningún medio externo, la impresión interior no disminuyó; al contrario, se hizo más clara y, pasado el tiempo, en lugar de un genérico “norte”, Inglaterra se imprimió en su corazón. Y, es extraño decirlo, pero con el paso de los años, sin que él lo buscara, estando simplemente bajo obediencia, nuestro campesino se encontró durante mucho tiempo en la mismísima orilla del tempestuoso mar del norte en el que, en otro tiempo, el Cesar buscó un nuevo mundo por conquistar. Pero que pudiera atravesar el estrecho era tan poco probable como antes. Y, sin embargo, era tan probable como el hecho de que nunca habría tenido la posibilidad de hacerlo. Estaba acostumbrado a mirar las olas inquietas y sin Dios, y se preguntaba si llegaría el día en el que esas olas lo llevarían más allá. Y el día llegó, no por su propia decisión, sino por la misma Providencia que, treinta años antes, le había dado la premonición”.

Sabemos bien que nuestro fundador, San Pablo de la Cruz, también sentía un gran impulso por la conversión de Inglaterra, por la que rogaba cada día. Esto tuvo un fuerte impacto en Domingo, que sabía que San Pablo de la Cruz había vaticinado que sus hijos llegarían algún día a Inglaterra. Newman lo describe en ***Pérdida y Ganancia***:

“... el pensamiento sobre Inglaterra entró en sus oraciones ordinarias; y, en sus últimos años, después de una visión que tuvo durante la Misa, como si fuera Agustín o Mellitus, hablo de sus ‘hijos’ en Inglaterra”.

Conocer la esperanza cultivada por el fundador pudo haber sido para Domingo una confirmación posterior de que ese “movimiento” y deseo interior era genuino y que provenía de Dios. Sin embargo, aunque Domingo estaba convencido de que ésta era una llamada y una misión que provenía de Dios, no tenía la autoridad para poder actuar él solo por su cuenta. Necesitaba del permiso del Superior General que lo enviase (junto con otros), en nombre de la



Congregación... y eso requería un discernimiento comunitario posterior que, necesariamente, exigía tiempo. Se trataba de establecer una presencia pasionista y una comunidad... con todos los problemas que conlleva un proyecto de este tipo.

Como se descubrió más adelante, fue necesario un largo periodo de 28 años de espera, junto a muchas desilusiones y paralizaciones a las que Domingo llamaba “sus cruces”. Pero con la iluminación posterior, podemos comprender que este fue un tiempo de preparación en el que tuvo muchas experiencias y descubrió su propio potencial y los recursos que después le ayudarían a sostener y afrontar los desafíos de las innumerables adversidades a las que tuvo que enfrentarse más tarde en Inglaterra. Podemos hacernos una idea de esos desafíos a los que Domingo tuvo que enfrentarse por el modo con el que describe su experiencia en Inglaterra:

“[Ha habido] innumerables cruces y dificultades, por lo que a veces me sentía derrotado y casi a punto de renunciar. Estoy seguro de que muchas personas querrían venir aquí; pero si vieran lo que yo he visto y sufrieran lo que yo he sufrido, casi todos cambiarían de idea. ¡Oh, Dios mío! ¡Mi Dios! ¡Cuánto debo sufrir! Me he preparado para esto desde hace 28 años y siento que esta preparación no es suficiente. Solo la voluntad divina me sostiene: estoy aquí porque Dios lo ha querido desde la eternidad. Bendito sea su santo Nombre. Esta es mi única fuerza”.

El tiempo de espera del momento “oportuno” no fue en vano. Como se vio después —(¿y no debía ser precisamente así?)—, durante este tiempo, mientras Domingo estaba ocupado en la enseñanza en Roma, fue cuando conoció a tres individuos ingleses (convertidos del anglicanismo) que estudiaban preparándose para recibir el sacerdocio. Eran Sir Harry Trelawney, el honorable George Spencer (que más adelante fue pasionista) y Ambros de Lisle Philipps. Estos tres personajes fueron muy significativos y tuvieron una influencia decisiva en la vida de Domingo y en lo que se refiere a su encuentro con Newman y la promoción del catolicismo en Inglaterra. Podemos decir que un “signo de los tiempos”, que se hizo evidente en este periodo, fue el sueño de la unidad de los cristianos, que exigía espíritu ecuménico y disponibilidad al compromiso con el diálogo interreligioso. Y Domingo estaba respondiendo a esta llamada del Espíritu.

También hemos de reconocer que los Superiores de la Congregación fueron llamados a discernir en ese tiempo, algo que representaba para ellos una novedad absoluta: se trataba de la actividad misionera pasionista fuera de Italia, en una tierra extranjera. Además, según lo que aparece en varias narraciones, parece que Domingo Barberi estaba lejos de ser considerado el candidato idóneo para una misión en el extranjero. En todo caso, era mucho más necesario en Italia debido a su capacidad intelectual y sus cualidades de gobierno. De hecho, cuando el Capítulo General de 1839 votó aceptando la invitación de fundar la misión en Bélgica, Domingo no fue seleccionado para formar parte del primer grupo misionero. Por el contrario, fue reelegido Provincial del Sur de Italia para un segundo periodo. Sin embargo, en una extraordinaria secuencia de acontecimientos, el que había sido nombrado por el General como superior de Bélgica, de improviso, pidió la dispensa del cargo y, con un gesto sin precedentes, se pidió a Domingo que dejase su oficio de Provincial para guiar al grupo de religiosos que serían enviados a la primera misión fuera de Italia. Y así sucedió: el 26 de mayo de 1840, Domingo y otros tres religiosos dejaron Italia para ir a Bélgica. En su mente, Domingo sabía que este era el trampolín que le lanzaría a la misión en Inglaterra. Desde la perspectiva de la fe, no es difícil reconocer en todo esto la mano de Dios que lleva adelante un proyecto más grande.

Podemos ver claramente que **la obediencia** (como **escucha** de Dios y de los mismos Superiores), **el diálogo, la oración, el discernimiento, la paciencia, la convicción, la confianza y el valor** de “*lanzarse hacia lo desconocido*”, fueron los signos que caracterizaron a Domingo Barberi, apóstol y misionero pasionista, que, como Jesús Crucificado, estaba dispuesto a cumplir la voluntad de Dios en su vida y misión a cualquier precio.

Solamente podemos imaginar los pensamientos y emociones que agitaron la mente y el corazón de Domingo cuando, finalmente, puso pie por primera vez en suelo inglés, especialmente porque fue recibido con miradas llenas de recelo, no solo por el hecho de ser un sacerdote católico, sino también por su extraño modo de vestir: el hábito pasionista. Precisamente en ese momento tuvo que echar mano de toda su experiencia de vida y todos sus recursos. Ciertamente, era un extraño por su nacionalidad, cultura, lengua, religiosidad y espiritualidad. Sin duda, en ese momento, debió encontrar su propia

fuerza en la cruz de Jesús y buscar consuelo y protección en su santa patrona, la Virgen María Madre de Dios.

Nada habría podido preparar a Domingo para lo que se encontró en Inglaterra. La gente estaba dividida en dos grupos: la mayoría protestante, ferozmente anticatólica y hostil a los extranjeros, y una pequeña minoría católica, acusada de traición a la patria y sometida a persecuciones. En este momento Domingo tuvo que recordarse a sí mismo que la misión era de Dios y no suya, que debía responder con amor y comprensión, con paz y diálogo, con confianza y valor, tal como hizo Jesús.

J. Brodrick SJ, en su obra sobre la “Segunda Primavera” del Catolicismo en Inglaterra dice a propósito de la llegada del P. Domingo:

“La segunda primavera no inició con la conversión de Newman, y ni siquiera con la restauración de la jerarquía. Comenzó un escuálido día de octubre de 1841, cuando un pequeño sacerdote italiano, con una extraña indumentaria, descendió caminando con dificultad la pasarela de un barco en Folkstone”.

En verdad, ¡qué gran honor para un pasionista humilde y santo!

Después de 28 años de paciente espera y de esfuerzo persistente, los pasionistas se establecieron finalmente en Aston Hall, Straffordshire, en febrero de 1842. Vale la pena tener en cuenta que Domingo tenía ya 50 años en ese momento.

Como él mismo escribió, en aquella ocasión:



“Después de 28 años de tanto anhelo, Su Divina Majestad se dignó escuchar mis plegarias. Nunca seré capaz de agradecer lo suficiente a la Bondad Divina por un favor tan grande. Mi deber es hacer todo lo posible. Por lo tanto, buscaré emplear al completo mis débiles fuerzas para la gloria de Dios y la salvación de mis queridos hermanos en Jesucristo”.

Si bien Domingo vio en todo esto la obra y el signo de la providencia divina y alabó a Dios por ello, la misión en Inglaterra estaba muy lejos de haber llegado a la meta; era más bien el inicio de un nuevo viaje con muchos obstáculos que habría que superar. Una vez más se le exigía perseverar en la fe buscando los caminos del Señor que, al final, producirían muchos frutos de unidad y comunión, pero solo después de mucho sacrificio y de dar una respuesta de amor-sufriente y de reconciliación –no de venganza o de violencia–.

El recibimiento de Domingo y de sus compañeros pasionistas en Aston fue mucho menos que amigable. Los católicos locales temían que la venida de estos nuevos recién llegados provocase nuevas persecuciones. Además, Domingo fue calificado de ridículo debido a su pobre conocimiento de la lengua inglesa; sus intentos de hablar y de leer las oraciones en inglés eran recibidos con burlas en la asamblea. No obstante, la comunidad aumentó gradualmente su número y, poco a poco, al mismo tiempo que la gente de Aston fue conociendo a Domingo, se fue enamorando de él y bien pronto comenzó a recibir un estable flujo de convertidos.

También se estableció un centro en la cercana Stone, donde Domingo pudiese celebrar la misa y predicar a la población local. También aquí Domingo experimentó oposición cuando los jóvenes locales le arrojaron piedras, si bien, más adelante, dos jóvenes decidieron convertirse al catolicismo porque se sintieron profundamente edificados al ver que Domingo besaba cada una de las piedras que lo habían golpeado y las guardaba en su bolsillo. Se dice que en muchos de estos frecuentes ataques, Domingo tuvo la suerte de escapar a la muerte. Además los pastores protestantes locales con frecuencia daban lecciones y sermones anticatólicos para alejar a la gente de Domingo y de los católicos.

Se puede decir que las dificultades y las pruebas que experimentaron Domingo y los misioneros pasionistas en Inglaterra (y en Bélgica) sirvieron como un tiempo de “poda” con el que fueron renovados en su vida y su misión, para que mantuvieran los ojos fijos en Jesús crucificado e invitaran a otros a mirar la cruz y a meditar la pasión de Jesús, y en el que, también ellos, fueron renovados por el amor y la misericordia de Dios.

Lo que caracteriza fundamentalmente y hace eficaces a todos los “misioneros de Cristo” no son sus capacidades o sus éxitos, sino más bien, su **testimonio de auténtica santidad**. Lo descubrimos claramente en la vida y en el apostolado de Domingo Barberi. Domingo era un hombre capaz y bastante intelectual y sin embargo fue considerado como una persona humilde, que tenía el don del sentido del humor, de la amabilidad y de la sencillez (“*Un niño en la sencillez de su corazón*”: Cardenal Wiseman). Digámoslo con las palabras de Newman:

“Era un hombre inteligente y astuto, al mismo tiempo espontáneo y sencillo como un niño; era, además, especialmente amable en el trato con los fieles de nuestra comunión. Quisiera que todos tuvieran la caridad que yo sé que él tenía”.

John Henry Newman, sacerdote anglicano, teólogo y poeta (“... *el más docto eclesiástico de Inglaterra*”: D. Barberi), después de años de oración, ayuno y estudio en la búsqueda de la verdad, llegó a ver claramente que la Iglesia católica-romana era la misma Iglesia de los Apóstoles y de los primeros cristianos. Pero, haber llegado a esta intuición intelectual no era suficiente para que Newman diera el paso de solicitar la plena comunión con la Iglesia Católica. Si, por una parte, podía encontrar sentido al decir que la Iglesia era “una, católica (= universal) y apostólica” (tal como lo proclama el credo), no lograba descubrir signos de cómo la Iglesia era también “santa”. Necesitaba ver y experimentar actos concretos de santidad, de la santidad en los miembros de la Iglesia católica. Y encontró este testimonio vivo de auténtica santidad en la persona del sacerdote católico, el P. Domingo Barberi. Reconociendo la estatura espiritual de Domingo, Newman comparte sus sinceros sentimientos: “*En cuanto lo vi, me sentí profundamente conmovido de la forma más extraña. Su misma semblanza tenía un no sé qué de santo*”.

Sobre todo, lo que más impresionó a Newman fue el ejemplo de este humilde pasionista (y de sus compañeros), ridiculizado por su pobre inglés, recibido a pedradas en las calles y, a pesar de todo, perseverante en llevar a Cristo a la gente de Inglaterra despreciando el peligro. Un tiempo antes, él mismo había escrito:



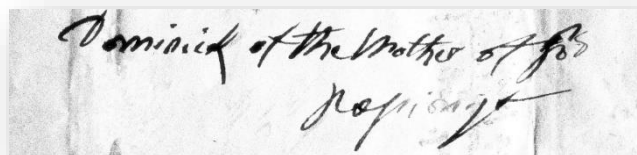
“Si ellos (los religiosos católicos) quieren convertir a Inglaterra, déjenlos caminar descalzos en nuestras ciudades obreras, dejen que prediquen a la gente como hizo S. Francisco Javier, dejen que sean atacados y maltratados a patadas, y yo admitiré que pueden hacer lo que nosotros no podemos hacer... Entonces, qué gran día será ese en el que Dios haga surgir en sus comunidades, hombres santos como Bernardo o Borromeo... Los ingleses nunca serán favorables a un grupo de conspiradores e instigadores; solo la fe y la santidad son irresistibles”.

Gracias a que vio personalmente el valeroso testimonio misionero, Newman eligió a Domingo como el sacerdote católico que lo habría de recibir en la Iglesia. Y así, en octubre de 1845, cuando Domingo pasaba por Oxford de camino hacia Bélgica, Newman, por medio de uno de sus alumnos, le invitó a hospedarse en su casa de Littlemore. *“Él no sabe mis intenciones – escribió Newman – pero le pediré que me admita dentro del único y verdadero rebaño del Redentor”.*

Lo que sucedió después fue el acontecimiento que hizo que estas dos santas figuras fuesen especialmente recordadas. Domingo se estaba secando frente al fuego en casa de Newman, pues estaba totalmente empapado después de un viaje en la diligencia bajo una intensa lluvia, y Newman entró en la habitación, se arrodilló sin titubear delante de Domingo y, después de hacer una larga confesión general que duró varias horas, pidió ser recibido dentro de la Iglesia. Fue el culmen de la historia de la llamada divina a la misión y de la aventura humana hecha de fatigas, cooperación y respuesta, en la realización del misterioso plan de Dios.

Solamente se puede tratar de imaginar la tremenda alegría y el sentimiento de alivio y esperanza para el futuro de la misión de la Iglesia y de la Congregación. Así lo expresan las palabras de Domingo Barberi:

“¡Qué espectáculo fue para mí ver a Newman a mis pies! Todo lo que he sufrido desde que dejé Italia fue bien compensado por este acontecimiento. Espero que los efectos de esta conversión puedan ser muy grandes”.



*Dominick of the Mother of God
Barberis*

El testimonio que escribió Newman al Cardenal Parocchi (Vicario de Roma), en la causa de beatificación de Domingo Barberi, resume el núcleo de lo que se requiere para que toda misión pueda dar frutos:

“Mi apreciado Sr. Cardenal, gracias por el interés que ha puesto usted en este caso tan importante para mí, como bien reconocido por los Padres Pasionistas. Ciertamente el P. Domingo de la Madre de Dios fue un misionero y predicador sorprendente y tuvo un importante papel en mi conversión y en la de otros. Su misma mirada tenía un aspecto tan santo que, cuando su figura estuvo delante de mí, en mi entorno, me impresionó de modo muy especial, y su notable “bondad”, junto con su santidad, eran de por sí una verdadera y santa predicación. No hay que sorprenderse, por tanto, de que yo me haya hecho su convertido y penitente. Era un gran amante de Inglaterra. Me causó mucho dolor su muerte repentina y pensé y esperé que recibiese de Roma la aureola de santo, como ahora va a suceder”.

Espero que mis reflexiones sobre la vida personal, religiosa, espiritual y apostólica de Domingo Barberi nos den un renovado entusiasmo para nuestra vida como comunidad apostólica pasionista. Domingo tiene muchas más cosas que pueden inspirarnos (como hizo con Newman y con otros), empezando por la simple reputación de haber recibido a Newman en la Iglesia católica, ya que este acontecimiento puede ser muy significativo para toda la Iglesia en la celebración de la canonización de John Henry Newman. Espero que, sobre todo, el ejemplo y el testimonio del Beato Domingo puedan ser *“una herencia que inspira a la Congregación y nos estimula a todos a participar con gran empeño en los esfuerzos apostólicos que reclaman nuestros tiempos”* (Const. 62).

Domingo Barberi es poco conocido y poco apreciado incluso dentro de nuestra Congregación. Sin embargo, sin su celo misionero, sin su espíritu apostólico y sin su convicción persistente, la visión y las esperanzas del fundador para con la Congregación no se habrían realizado nunca. En su calidad de misionero pasionista, pionero al salir fuera de Italia (junto con sus compañeros), las fatigas de Domingo en Bélgica e Inglaterra fueron los primeros pasos en la implantación y el crecimiento del carisma pasionista en 63 naciones y culturas de mundo actual.

En nuestro tiempo, la naturaleza misionera de la Iglesia por medio de su actividad evangelizadora, con formas nuevas que responden a los “signos de los tiempos”, se nos propone a todos como el punto central y la visión especial del pontificado del Papa Francisco. También Domingo Barberi estuvo atento a la dimensión misionera de la Congregación que provenía de la visión de San Pablo de la Cruz, la misma que nosotros también hemos recibido de nuestro último Capítulo General. Creo que la “mentalidad misionera” de Domingo puede ser de gran ayuda para todos nosotros que estamos comprometidos con la “llamada a la acción”, que surge del 47° Capítulo General y como preparación a la conmemoración del tercer centenario de la fundación de la Congregación en 2020, con el tema: **Renovar nuestra misión: gratitud, profecía, esperanza.**

La “mentalidad misionera” de Domingo nos ayuda a mantener la perspectiva y el justo equilibrio en nuestra misión con respecto a la oración, la vida comunitaria y el apostolado. Como ya señalé en mi informe al Capítulo General: “... *renovar nuestra misión conlleva, antes que nada, renovarnos nosotros mismos*” (la conversión personal) por medio de nuestra vocación a vivir en comunidad, pero siempre dentro de la dimensión misionera. “*Nuestra misión está íntegramente conectada con nuestra vida en comunidad... como los dos lados de una misma moneda. Nuestra vida es nuestra misión (mediante el testimonio) y nuestra misión es nuestra vida (mediante la acción)*”.

Si, por una parte, Domingo fue llamado a la misión de llevar el Evangelio a tierras extranjeras (con los especiales desafíos que ello comportaba), por otra parte, cada uno de nosotros ha sido llamado a tener una “mentalidad misionera” en nuestro apostolado, en donde quiera que nos encontremos, como la tuvo Domingo. Lo dijo incluso el Cardenal Jorge Bergoglio (antes de convertirse en el Papa Francisco) cuando expuso su visión sobre el futuro de la Iglesia, dirigiéndose a los cardenales reunidos en Roma para el cónclave papal, en abril de 2013:

“La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir a las periferias, no solo geográficas, sino también a las periferias existenciales: el misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia y de la indiferencia hacia la religión, de las corrientes intelectuales y de toda clase de miseria”.

Domingo nos recuerda, además, que la misión es una iniciativa de Dios y no nuestra. Como tal, exige una escucha atenta que debe ser sometida al discernimiento (personal y comunitario) en la oración, antes de dar nuestra respuesta. Y, sin embargo, como se vio en la vida de Domingo, el discernimiento orante es una empresa que requiere tiempo, porque implica a otras personas en la comunidad y, por tanto, requiere perseverancia y paciencia. El discernimiento orante, pues, necesariamente debe llevar a la acción... y, a veces, conlleva correr riesgos porque no siempre existe la claridad y la certeza que nos gustaría tener. ¡Seguir la llamada de Dios y vivir el Evangelio es arriesgado! Pero, como hemos visto en la vida de Domingo, siempre tenemos la promesa de la presencia de Dios: “*Yo estaré contigo*” (Ex 3,12), si nosotros respondemos con confianza y valor, en obediencia a la voluntad de Dios: “*Que se haga según tu palabra*” (Lc 1, 38).

Naturalmente, como bien sabemos, es mucho más fácil escoger la opción cómoda (“soft”), es decir, seguir adelante como siempre y hacer lo que se ha hecho siempre sin responder a los “signos de los tiempos” y sin provocar demasiados problemas; o bien, quedarnos aferrados a nuestras “comodidades” en la seguridad y la familiaridad de lo que ya conocemos (como las personas que nos aprecian y nos sostienen o el largo tiempo transcurrido en un lugar, etc.); o bien, permitir una vez más que nuestros edificios y nuestros arraigos determinen nuestra misión y nos mantengan aprisionados, en lugar de dejar que desaparezcan y nos liberemos para estar al servicio de nuestra misión. Esta “opción cómoda” nos hace correr el peligro de convertirnos en autorreferenciales, estériles y seguros, en lugar de estar abiertos al mundo, ser creativos en el Espíritu y generadores de vida nueva. Como lo expresa, una vez más, el Papa Francisco de un modo muy directo en *Evangelii Gaudium* n. 49:

“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”.

La experiencia de Domingo nos demuestra que los que están al servicio de la misión de Dios no pueden sentirse satisfechos por “*construir tiendas*” (Mt 17,4) o por crear “zonas cómodas”. Deben, más bien, descender de las alturas del poder y del poseer y ser libres para “*ir al lugar que Dios les indicará*”

(cfr. Gen 12,1). “Dejando tras de sí las propias barcas” (Mt 4, 22; Lc 5, 11), son llamados a arriesgarse en la fe, confiando en Dios, actuando con valor y dependiendo de la Providencia y de la benevolencia de los demás.



*Pero es de creer y de augurar
que el acercamiento
de estas dos santas figuras,
el beato padre Domingo
y el cardenal John Henry Newman,
no abandonará ya nuestro espíritu,
que continuará pensando en el
sentido misterioso de su encuentro
con gran esperanza y oración duradera.*

**(Discurso del Papa Pablo VI sobre el
Beato Domingo de la Madre de Dios, Pasionista,
en ocasión de su solemne beatificación
el 27 de octubre de 1963)**



P. Joachim Rego, CP
Superior General

SS. Juan y Pablo, Roma
Memoria del Beato Domingo Barberi
26 de agosto de 2019